



Días bellos, ratas del tiempo

Juan Jiménez García

ZONA Y OTROS POEMAS DE LA CIUDAD Y EL CORAZÓN, DE GUILLAUME APOLLINAIRE (BARTLEBY)

Mi primer poeta por adopción fue Guillaume Apollinaire. Me costó llegar a la poesía. Yo no pretendí ser un poeta adolescente y ni tan siquiera fui un lector de poesía adolescente. Sin embargo, para mí se convirtió en mi poeta del azar. Cogía sus libros y los abría por cualquier lado, y ahí surgían, como destellos, como obuses que atravesaban la noche, sus versos, sus imágenes, sus palabras, sus derrotas. Nunca un libro de poesía entero, rara vez varios poemas, a menudo fragmentos de algunos de ellos. Esa lectura transversal de su obra, esa sucesión de revelaciones, me llevó a entender la poesía como iluminaciones (pienso: ensañaciones). Pero no solo la poesía entró en mí de la mano de Apollinaire. También lo hizo la modernidad con aquel, todo hay que decirlo, perdedor. Un vigilante melancólico de su tiempo (y de su vida). El poeta estuvo allí donde había que estar e incluso donde no debía. Todo fue atravesado por él. Escribió ensayos sobre arte, relatos, novelas pornográficas, obras de teatro, inventó caligramas y perdió amores y guerras. Atrás quedaba ese mundo antiguo, y también aquellos poetas de los que se convirtió en bisagra, en prolongación natural hacia un tiempo que sería su-

realista. ¿Entonces? Quiero decir, en estos tiempos en los que los poetas no son dos o tres sino centenares, tal vez miles, ¿dónde queda el escritor francés? En ningún sitio. Si vivió su vida como una sucesión de derrotas que debían llevarle a la victoria, esas derrotas se prolongan hasta nuestros días. Escasamente publicado (menos aún su poesía), afortunadamente encontramos *Zona y otros poemas de la ciudad y el corazón*. Y con él, la traducción de otro poeta. Xoán Abeleira, que nos entrega esa poesía, llena de juegos y encuentros, reconstruida, que no trasladada. Interiorizar la obra del poeta francés para devolverla por asimilación, lejos, muy lejos, necesariamente lejos, de la literalidad.

Zona es el poema que vertebra el libro, un poemario entendido como reunión, no de lo mejor (sin

que sepamos muy bien qué sería eso, quien otorga estos innecesarios títulos) sino de aquello que, por alguna razón, tal vez unos versos, unas líneas, unas palabras, Abeleira ha considerado. Y su elección es incontestable, porque, como escribía, para mí también fue un poeta fragmentado y fragmentario. El mundo es un lugar para maravillarse e incluso en la desolación de las guerras se puede encontrar la belleza de los obuses que surcan el cielo, de las explosiones. No es una exaltación de la guerra, sino la capacidad para encontrar algo donde no hay nada. Me resisto a escribir "sucesión de imágenes" porque no entiendo la poesía como esto, ni pienso que tampoco lo hiciera él. En este mundo hipervisualizado, es precisamente la palabra la que cobra valor en sus versos, la que aspira y logra ser un elemento

constituyente de un mundo que avanza desde el pasado más remoto hasta un futuro impreciso, unidos ambos por un rabioso tiempo presente, abierto a todas las probabilidades. *Solo escribo para exaltar mis sentidos queridos sentidos*. Embriagados, abandonamos mundos antiguos, recorremos cuerpos y bestiarios, miramos la noche y sus estallidos, seguimos el serpenteo de los caligramas. ¿Veis? Hasta las imágenes están construidas con el barro, con la arcilla de las palabras. *Como un vigía melancólico contemplo la noche y la muerte*. Sentir. Sentir el vértigo, dejarse llevar por las caídas y por las corrientes subterráneas que atraviesan nuestro cuerpo, por las descargas eléctricas que iluminan los rincones de nuestro pensamiento. Nombrar todo esto. Encontrar el aliento, el buen viento, mientras se esperaba a sí mismo. *Se van los días y yo me quedo*. Pero los días siguieron, mientras él ya no. Demasiado pronto. El corazón sigue latiendo. Abandonado, de nuevo abandonado, no por nosotros. La modernidad quedó atrás y, tal vez, nosotros con ella. Ahora somos también parte de otro mundo antiguo. *Días bellos, ratas del tiempo, poco a poco roéis mi vida*.

Carta de amor, novela de poetas

Óscar Brox

50 ESTADOS. 13 POETAS CONTEMPORÁNEOS, DE EZEQUIEL ZAIDENWEG (FULGENCIO PIMENTEL Y KRILLER71)

Estados Unidos, ese gigante. La América de la Escuela Poética de Nueva York, de Black Mountain, los *beat*, el Poetics Program o los (más allá de los) *postmodernísimos*. En fin, todo lo que abarca medio Siglo XX y esa pizca del XXI. De un tiempo a esta parte tenemos acceso a la mayoría de aquellas voces, en un ejercicio que no sabría si calificar como descubrimiento (porque, ¿cómo llega uno a la poesía?). Cada vez que hablo con alguien de estas cosas, intento poner el mismo ejemplo: Patti Smith en presencia de Allen Ginsberg. Un micrófono. Sus manierismos sobre el escenario. Y un texto que primero, diría, comienza como *spoken Word*, avanza como una poesía, parece una *performance* y termina siendo una canción. Esa mezcla, casi *collage*, es lo que trato de apuntar para explicar lo que siento cuando leo a alguno de los colosales de la poesía americana. La creación de imágenes, el ritmo, la composición, la musicalidad o su ausencia (esa aspereza...), lo íntimo por encima de lo mayúsculo del mundo, y viceversa, lo visceral y lo cerebral. Sin querer encajonar el libro en un solo departamento diría que *50 estados. 13 poetas contemporáneos* responde a esa misma necesidad: explorar, alargar, poner unas cuantas palabras para dar cuenta de la riqueza, la tradición y el torrente de influencias que circulan por la poesía norteamericana. Y cómo, en cierta manera, esa tradición ha evolucionado desde una época más o menos feliz a otra digital, veloz, cercanísima y más personal todavía. Belicosa. En plena erupción. Hago un paréntesis: por su

naturaleza, el libro de Ezequiel Zaidenweg se puede (se debe) leer desde diferentes perspectivas. Lo justo sería decir que estamos ante una obra de traductor. Sobre la traducción. Un *work of love* alrededor de diferentes poetas y tradiciones que proponen mirada tras mirada sobre las cosas, las personas, los objetos, las emociones y las palabras. Que zarandean el verso, el texto y la estructura. Pero todavía sería más justo decir que es una obra de autor. De amor, en efecto, por todo un acervo cultural re-combinado bajo los nombres de unos poetas anónimos que bailan al ritmo de John Ashbery o Robert Creeley, de Frank O'Hara o W.H. Auden. Con descaro, sabiendo cómo actualizarlos, proponiendo una lectura viva, radical y ultimísima de esas generaciones que los han precedido. Libro de autor, libro de lector. Cada poeta es una declaración de intenciones, un espacio, una voz y un lugar que cartografía un pedazo de la poesía estadounidense. Y Zaidenweg permanece pegado a todo ello, incluyendo entrevistas breves con cada uno de los poetas con las que marca el ritmo, busca similitudes y encuentra diferencias. Riqueza. Diversidad. Lo di-

cho, algo que palpita. ¿Importa si existen o no Chris Talbot, John Ochoa o Sarah Diano? Bueno, ahí estaría esa otra vertiente del libro: la de ensayo sobre unos personajes invisibles que, a la postre, revelan con su carácter de ficción la tremenda capacidad de su autor para la construcción de todo este universo poético. Pero eso, pienso, sería un poco injusto con Ezequiel Zaidenweg. Si hay algo hermoso en ese juego, en las entrevistas y los parentescos que se establecen es que con él se forja algo parecido a una generación, un espíritu o una o muchas direcciones. Lo repito: algo palpita detrás de todo esto. Reflexiona sobre la comunicación, el lenguaje y la forma en la que la poesía se ha canalizado, esa es la palabra, en esta época. Habla del trabajo en solitario y el comunal. Expone los puntos, las afinidades y las repeticiones, pero sobre todo esa maravillosa riqueza que inunda los textos. La filigrana, la canción, el tono de jazz, la protesta, la glaciación emocional solidificada en un poema, un epigrama o un texto de corrido que transgrede alegremente las leyes del verso. Tantas cosas...

De entre todos los textos debo reconocer mi debilidad por los epigramas de Sarah Diano, breves, con esa divertida combinación de solemnidad en el ritmo y sarcasmo en el tono, y ese bellissimo *Matrimonio* (que me recuerda, no sé muy bien cómo explicarlo, a *El mundo*, de Creeley); me gusta la forma en la que Caitlin Mahklouf convierte la poesía en un texto no muy alejado de aquella poética del *Myspace*; las rimas de Ariella Jenkins (*Mi villaneta es obra de la suerte*); o las cartas de Michael Hoffner. Esa sensación de cambio a medida que surgen los poetas nacidos en los 80 y 90, el trabajo con la forma y la falta de interés por publicar o comunicar a través de los medios tradicionales. *50 estados. 13 poetas contemporáneos* es una carta de amor y una novela de poetas, una reflexión sobre la herencia, la traducción, las palabras y las cosas y, también, un autorretrato poético de Ezequiel Zaidenweg. Uno de esos raros artificios literarios que, aunando sensibilidad y riesgo, nos permiten mapear y descubrir lo que queda de tantas voces, el pasado y el presente de la poesía. Explicarla, expresarla y expandirla. Convertirla en ese *collage* o mezcla de formas que, de una u otra manera, nos permiten dar cuenta de eso que se siente cuando lees a los poetas norteamericanos. Creeley lo expresó mucho mejor. Así: *y entonces la luz / del sol llegó / desde otra amanecer / del mundo*. Esta recopilación fantasmal, personal e íntima bien podría ser un informe de todo ello; como traer la luz y arrojársela directamente sobre los poemas.

La armonía de las palabras

Francisca Pageo

LA HUELLA DE LA MARIPOSA, DE MAHMUD DARWIX (PRE-TEXTOS)

"No hay una escritura prístina, una escritura que parta de cero, como tampoco la poesía tiene fecha de nacimiento", dice Mahmud Darwix. El poeta palestino traza el exilio interior de una manera abrumadora, pero poética y casi divina, al conectar la belleza de las cosas con su propia experiencia, su propia vida. Darwix eleva la poesía a la zona del misterio, donde palabra y creación son una.

La vida... hasta la última gota

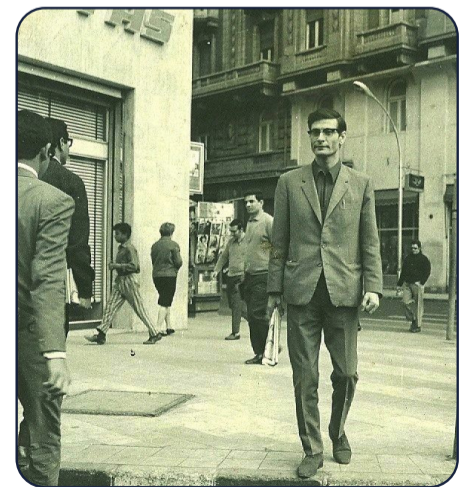
Si alguien insistiera: Morirás hoy. ¿qué vas a hacer?, no dudaría en responder: Dormir, si tengo sueño. Beber, si tengo sed. Escribir, si me entran ganas. E ignorar la pregunta. Almorzar echando al filete un poco de mostaza y pimienta. Cortarme en el lóbulo

de la oreja al afeitarme. Y si pudiera besar a la que amo, saborear sus labios como si fueran de higo. Saltarme unas cuantas páginas al leer. Llorar unas cuantas lágrimas pelando una cebolla. Si doy un paseo, caminar más despacio. Si existo, como ahora, no pensar en la nada. Y si no existo, el asunto dejará de importarme. Escucharé a Mozart para estar más cerca de los ángeles. Y si me quedo dormido, no me despertaré y soñaré con gardenias. De reírme, seré discreto. ¿Qué más podría hacer, qué más, aun-

que fuera más valiente que idiota o más fuerte que Hércules? no es sintiéndolo.

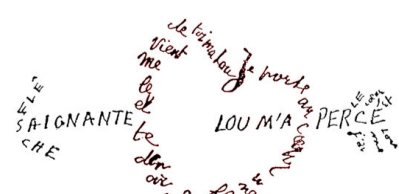
Cuestión de perspectiva

Lo que distingue al narciso del girasol es lo que diferencia dos puntos de vista: el primero mira su imagen en el agua y dice: No hay yo sino yo. El segundo mira al sol y dice: Qué soy sino lo que adoro. Y por la noche, se reduce la diferencia y se agranda la glosa.



< SUSCRIBIRSE AL
BOLETÍN DEL CLUB
PARA RECIBIR PUNTUAL
INFORMACIÓN

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOUR.ES
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR
LLIBRERIARAMONLLULL.COM



literaturas
literatura en détour
literaturas.detour.es

Pensaba que sería fácil escribir sobre *Nadja*, pero ¿cuándo ha sido fácil escribir? Siempre suspendido de esa delgada línea, esperando un accidente, ese acontecimiento del que surgirá la escritura, como un relámpago atravesando la más oscura de las oscuridades. Breton también pensaba en escrituras automáticas, en sueños, pensaba en la poesía y despreciaba la narrativa. Luego, escribió una novela. Esa novela fue *Nadja*, pero no era una novela como las otras, sino una novela que temía serlo, que intentaba escapar de las descripciones por las fotografías (sin embargo, en ella se demuestran innecesarias tanto las unas como las otras, porque es otra cosa sobre la que está construida). Leí la novela, volví a leer su historia de amor porque creía haber entendido mal. Vuelta a releer, sigo perdido en un mar de contradicciones. Intento atrapar algo, pero ese algo se niega una y otra vez a ser atrapado. *Nadja* es desconcertante. Como obra, como personaje. Para Breton, ella es un ser de otro mundo que no logra encajar en el suyo propio. Un ser mágico, surrealista por naturaleza, que se eleva por encima de todo, pero que luego, luego es nada, menos que nada, hasta irritante. Finalmente, lo entiende, la entiende, cuando conoce que ha sido encerrada en un sana-

La impresión de un instante. Con *Ultramarinos* me sucede algo parecido a lo que me ocurre con algunos libros de Pierre Bergounioux o Pascal Quignard -pienso en aquel maravilloso ensayo a propósito de Georges de la Tour y el oficio de tinieblas. El lector entra en el texto a partir de una imagen, ya sea un documento o una simple evocación; aquí el Atlántico más allá de las Azores. Y siente, a medida que pasa las páginas, que esa imagen lo arrastra de un párrafo a otro, de un capítulo al siguiente; que se repite obsesivamente porque su autora trata de capturarla, de presentarla en toda su dimensión, algo colosal, y el esfuerzo radica en encontrar las palabras para todo ello. El pulso, quizá. La delicadeza, seguramente.

De *Ultramarinos* sabemos lo justo: un carguero, una veintena de hombres a bordo y una mujer capitaneando la nave. El destino final son las Antillas. La travesía, casi silenciosa, un mar profundo de aguas turquesas y espuma verde. Gestos mecánicos y disciplinados. Vidas interiores que son como mensajes borrados, escritos y reescritos en una pantalla de texto. Cartas que no se envían nunca. Historias que se quedan sin contar. Tal vez, porque esa condición del hombre o la mujer de mar marca una línea divisoria entre los vivos y los muertos. No se está de paso, no se pertenece a un lugar; simplemente, se atraviesa. Así también la vida y los dramas que forman parte de ella.

Navarro, también poeta y dramaturga, escribe, más que una novela, un texto. Se entrega al peligro que entraña trabajar la palabra, el detalle y la descripción. A convertir esa búsqueda de la belleza y la construcción de imágenes en el esqueleto dramático de su obra. Es cierto que en *Ultramarinos* suceden unas cuantas cosas: a ratos un juego de gato y ratón con un presunto polizón a bordo; la bruma

torio mental. Pero ¿por qué? Es una injusticia más. Esa negación de la diferencia. Me gustaría pensar, como él, de una manera idealizada, pero no puedo. Y entonces, todo choca. Trenes, ondas, fragmentos de cosas que se alcanzan en el aire. Siento un amor infinito por Nadja, pero no por Breton. Sí, es una historia de amor, pero en ella está lo espiritual y en él está lo calculado. También en él, algo se rompe en pedazos, sin que logre reconstruir todo aquello que se ha roto. Entonces, siento que algo tiembla en él. Tiembla de miedo. El miedo ante algo que es más grande, demasiado grande para ser atrapado en un manifiesto, en un poema, en la literatura entera. Día tras día atravieso el frío más intenso. En esos días, André Breton se encontró con ese mismo frío. Caer. Luego volver a levantarse. Caer. Levantarse de nuevo. Caer.

Nadja es una historia de amor. De encuentro. De pérdida. Pero en ella André Breton, del mismo mo-

do, trazó un retrato de la ciudad y de aquellos días, del surrealismo como causa y ambiente, durante páginas reflexionó sobre los temas más diversos. Más tarde, pensó en aquella muchacha frágil y soñadora por la que realmente escribía, y lo abandonó todo para lanzarse a los caminos de esa relación. Terminada, entre desencantando y abrumado, se encuentra tras ese tiempo superado. Conocedor del destino de Nadja, se enfrenta al abismo (estoy tentado de escribir el abismo de la culpa). Escribe sobre la sociedad que la ha condenado, como esa sociedad es incapaz de recoger en ella esos accidentes, el misterio, esa ruptura de la linealidad. Tanto tiempo después, seguimos no sin entender misterios que no deben ser entendidos, sino sin encontrarles un acomodo en la estrechez de nuestros pensamientos. Pero qué estoy escribiendo. Nadie entenderá nada de todo esto. Tampoco yo. *Nadja* seguirá siendo una inabarcable novela de amor escrita por alguien

que no creía en las novelas y quién sabe si en ese amor más allá de algo conceptual, una entrada en el diccionario del surrealismo. Quizás porque la eternidad es un espacio que no se alcanza, sino que nos alcanza, nos atraviesa y nos deja desconcertados. Nos deja desconcertados porque no hay límites, porque no hay ni tan siquiera horizonte, porque no podemos agarrarnos a nada, porque todo en allí es inestable, imprevisible, incierto. No retrocede, no avanza, es. Es una y otra vez. Es sin principio ni fin. De nuevo, ¿qué estoy escribiendo? Tadeusz Kantor decía que el arte no debe ser comprendido. Que es necesario que no sea comprendido. Que comprender es consumir. Ya está.



dencia que dibuja los tiempos muertos y el silencio del mar. Es, también, una novela en la que su autora abunda en la creación de imágenes, que a veces evocan una larga tradición de novelas marinas -de Melville a Conrad, pasando por Stevenson o Lowry- y, en muchas ocasiones, esa sequedad con la que otros se han acercado a un material parecido -por ejemplo, la cineasta Claire Denis cuando adaptó *Billy Budd* en su *Beau Travail*. Y digamos que esa combinación convierte a su obra en un objeto fascinante. En una lectura breve, reducida al tuétano, que incluso en su economía de páginas es capaz de apelar a una infinitud de cosas para contagiarnos de esa obsesión del mar que es, asimismo, metáfora de la vida. Sus protagonistas deambulan de una punta a otra del océano como lo hacen, en buena medida, por sus vidas. La enorme belleza que desprenden esas descripciones del lugar, del ritmo y el trabajo, es inversamente proporcional a la parquedad con la que afloran, a cada poco, las emociones. Si hay un misterio en *Ultramarinos*, definitivamente hermoso, brutalmente humano, es el de saber descifrar esa condición del hombre y la mujer de mar que se debate entre los vivos y los muertos.

La eternidad

Juan Jiménez García

NADJA, DE ANDRÉ BRETON (CÁTEDRA)

Los vivos, los muertos y los marinos

Óscar Brox

ULTRAMARINOS, DE MARIETTE NAVARRO (IRRADIADOR)

densa que envuelve a la nave hasta ralentizar su trayecto; el mar bravío que sorprende a los hombres en pleno chapuzón atlántico; o la tensión de la capitana, más que por el peso de la tradición familiar, por intentar sentir ese otro lenguaje con el que se expresa su medio natural: el barco, el mar, las cartas de navegación, los cuerpos de sus hombres, los motores, calderas, ordenadores y tareas que funcionan como engranajes de ese todo que es, apenas, un punto en el océano.

Escribo búsqueda de la belleza porque Navarro la persigue en cada una de sus páginas. No se conforma con una descripción afortunada, necesita desplegarla, observarla, prácticamente adorarla. Quizá porque también hay una parte terrible en ella, igual que en ese episodio en el que la tripulación de la nave está a punto de ahogarse en mitad de la nada. Han bajado para nadar, o para mezclar sus cuerpos desnudos con el mar. Sea lo que sea, algo rabiosamente inocente. Y Navarro se las apaña para transformar esa misma inocencia en un horror que brota desde dentro. Primario. Brutal. Humano, sobre todo. Porque *Ultramarinos* es una novela que se pregunta una y otra vez por lo humano en un contexto de aislamiento y, se podría decir, autoalienación. Dónde quedan las pasiones, el humor, la confianza o, en fin, la fragilidad. Dónde se encuentra todo eso cuando no se esconde detrás de un uniforme o una orden.

Los diálogos, pocos, son cortos y sencillos. Los pensamientos, también. Todo lo humano de los

personajes se bate contra ese coloso marino que se apropia de cada página, que ralentiza la propia narración hasta hacer que parezca una descripción infinita del Atlántico. Es difícil de explicar, porque también Navarro coloca a sus personajes como entre una bruma emocional. Muestra partes, gestos y detalles. Pero, en esencia, no nos pregunta tanto por lo que sienten como, más bien, si se puede sentir algo cuando vives arrojado a un espacio tan inmenso. Tan bello y, a la vez, tan terrorífico. Cegador. De ahí, probablemente, que esos pocos detalles que cazamos sean tan sencillos, tan transparentes. Amor, soledad, miedo, incertidumbre. Humanidad. Las formas elementales para tratar de recuperarla. O de reconocerla en cada uno. He ahí ese momento revelador, en medio de las tripas del carguero, cuando capitana y oficiales se preguntan si el fallo de la nave no es, en verdad, un signo de comunicación del barco. La evidencia de que aquel tiene un lenguaje, casi un instinto, y como el mar bravío tiene que demostrarlo de tanto en tanto para ponerlos en su lugar. Para recordarles quiénes son, que es otro de los grandes misterios del libro -porque Navarro, de nuevo, elige lo breve, lo básico, ahorra, esconde y desdibuja para que el lector se quede con el impacto que provocan esas emociones expuestas, descarnadas, en la página.

Ultramarinos es, más que una novela de poeta, prácticamente poesía prosificada. Sus párrafos podrían funcionar como versos montados, encabalgados, unos con otros. Furiosos. Impetuosos. Con esa ca-

Fragmentos de interior

Francisca Pageo

DIARIOS COMPLETOS (ALBA)



PRÓXIMO CLUB
PRESENTE CONTINUO
LA CONFUSIÓN DE LOS TIEMPOS

13 DE MAYO, 18:30
LLIBRERIA RAMON LLULL
CORONA, 5 - VALENCIA

EL CLUB DE LAS
PRÓXIMAS LECTURAS
POR DÉTOUR · CLUB.DETOURES

13 DE MAYO, 18:30
LLIBRERIA RAMON LLULL



CRAIG
QUENEAU
SARTON
BAGUNYÀ
GOSPODÍNOV
REDONNET

PASADO CONTINUO
LA CONFUSIÓN DE LOS TIEMPOS